

DOCUMENTO

*En su número 11, de julio de 1957, la revista **BRECHA** publicó el breve artículo que aquí se reproduce. Fue una revista, publicada entre 1955 y 1962, que el poeta y crítico de arte y literatura Arturo Echeverría Loría dirigió. Cristián Rodríguez fue un notable periodista costarricense, y agudo crítico literario también, cuya prolongada estancia en los Estados Unidos, donde laboró como traductor, le permitió alcanzar notable experiencia en el campo. **LETRAS** retoma en este número especial una sección de Documentos, en este caso para rescatar un viejo escrito cuya vigencia parece persistir.*

Traducciones comerciales y traducciones literarias

Cristián Rodríguez

De la traducción puede decirse lo mismo que se dice de un escrito o composición, que la facilidad de su lectura y comprensión está en razón directa del esfuerzo y esmero con que el autor ha confeccionado el escrito, lo que generalmente corresponde al tiempo que se ha dedicado a ordenar las ideas y a efectuar la redacción final. De modo análogo, pues, una traducción, aparte de las dificultades intrínsecas y de los aspectos técnicos que pueda presentar, es tanto más fácil de realizar cuanto más clara, correcta y ordenada sea la redacción del texto original del que se hace la versión.

Pero estas condiciones ideales rara vez se presentan en las traducciones comerciales corrientes, ya se trate de escritos expositivos, instrucciones, descripciones técnicas y científicas, de que nos ocupamos la mayoría de los traductores profesionales en este país. Es ésta una de las características que diferencian a las traducciones comerciales de las de carácter literario. No queremos decir que las buenas traducciones literarias sean más fáciles que las comerciales. Antes por el contrario, las traducciones literarias demandan facultades que no se exigen a los traductores comerciales. El aspecto estético en las traducciones comerciales, importante como es en sí, ocupa un lugar secundario, mientras que en las traducciones literarias es esencial, al punto de que una buena traducción literaria representa a veces un esfuerzo creador semejante al del propio autor. Una traducción literaria debe ser fiel, a no dudarlo; debe interpretar con la mayor fidelidad los conceptos y los sentimientos expresados por el autor; pero en la

interpretación de los conceptos y, especialmente, en la manera de expresarlos, el traductor literario dispone de mayor libertad, su radio de elección es más amplio, y no está ceñido a la exactitud rigurosa —verdadero lecho de Procusto— que demanda, por ejemplo, un artículo expositivo de índole técnica. Además, dada la enorme producción literaria y de traducciones literarias de diversos géneros, pocos son, relativamente, los críticos que se imponen el ímprobo trabajo de compulsar las traducciones para verificar su exactitud, pues para realizar esa tarea se necesita conocer muy bien los dos idiomas que intervienen, el del original y el de la traducción; se necesita además muy buena voluntad para acometer esa tarea y el tiempo que ello demanda; y a una persona que puede leer una obra en su original suele importarle muy poco el cotejar ambos textos, prefiriendo leer al autor de que se trata en el idioma de éste y saborear mejor así las bellezas y los giros felices de expresión del escritor, que pierden siempre mucho al traducirse, por más acertada que sea la traducción. Son pocas las traducciones que igualan en calidad al original y contadísimas las que llegan a superarlo. Sin embargo, pueden citarse algunos casos en que se ha llegado a conseguir lo último. Dicen que algunas obras de Blasco Ibáñez¹, sobre todo las de su última época, en que escribía en un lenguaje más cosmopolita y a veces desgarbado, contrastando con el pulimento y esmero estilísticos de sus obras anteriores, resultan más legibles traducidas al inglés. Entre las buenas traducciones literarias más o menos clásicas en español pueden citarse las que hizo de las obras de Macaulay² el español Juderías Béndér, si bien algunos creen que sus versiones, aunque fieles y elegantes, pecan un poco de la exuberancia verbosa de la época castelariana en que floreció. Béndér escribía tan bien al traducir que muchos se preguntaban por qué una persona de sus excepcionales dotes no se dedicaba a componer obras originales. El traductor ideal de nuestra época es, en nuestro concepto,

1. Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), novelista español, autor entre otras de *La barraca*, *Sangre y arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (N. de la E.).
2. Se refiere el autor a Thomas B. Macaulay (1800-1859), historiador inglés (N. de la E.).

el geronense Luis Ruiz Contreras, traductor de Maupassant, Mauclair, Gabriel Hanotaux, y sobre todo, de Anatole France³, cuyas obras completas, traducidas al español por ese príncipe de los traductores acaba de publicar en dos tomos la Editorial Aguilar, en México.

Por otra parte, las traducciones comerciales al español, procedentes en su mayoría de este país, circulan por todo el mundo hispanoparlante y son manoseadas por multitud de críticos en veinte países, no siempre los más idóneos y autorizados para opinar, que quieren que toda traducción se amolde a los modismos y localismos de su país, tanto en el vocabulario como en las formas peculiares de expresión que les son familiares, y ningún traductor puede satisfacer esas exigencias sin correr el riesgo de no ser bien comprendido en otros países. Además, muchos de esos críticos gratuitos, agentes de fábrica, distribuidores, comerciantes, viajeros de comercio, etc., han aprendido inglés lo suficientemente para «meter la pata» y censuran una buena expresión que, aunque correcta, se desvía de la traducción servil del inglés, sin pensar que también muchas veces ignoran el verdadero sentido de ciertas palabras y expresiones. Una vez uno de esos agentes de fábricas de un país sudamericano devolvió con muchas anotaciones una buena traducción hecha en Nueva York, señalando varios «graves» errores, entre los que se contaba el de «manchado», como traducción de «discolored». El buen señor no sabía que esa traducción estaba correcta y que lo que él quería que se dijera, «descolorado», no se dice en inglés «discolored», sino «decolored». Otro corrigió en un folleto el empleo de la voz «ampolla», pretendiendo que lo correcto era «ámpula», porque así dicen algunos médicos en México. Esta situación conduce a que el traductor corriente se vuelva tímido, medroso, y que sacrifique la corrección al capricho de los críticos, abatiéndose a las granjerías del vulgo, ya que una crítica de su trabajo, de ese jaez, hecha en el exterior, puede comprometer su puesto, si está empleado,

3. Guy de Maupassant (1850-1893), célebre cuentista francés; Camille Mauclair (1875-1960), crítica francesa de arte; Gabriel Hanotaux (1853-1944), historiador francés; Anatole France (1844-1924), escritor francés (N. de la E.).

o dar por resultado que no se le vuelvan a encargar traducciones, si trabaja independientemente y a destajo. Pasa con las malas traducciones lo que hasta hace poco ocurría con las malas películas que se proyectan en televisión, que tenían mejor éxito que las buenas cintas. Esto explica hasta cierto punto la mediocridad de una parte considerable de las traducciones comerciales emanadas de este país. Sin embargo, esta situación tiende poco a poco a mejorar y ya hay muchos gerentes de exportación y jefes de publicidad en los Estados Unidos que, con una comprensión más clara de las dificultades de la traducción y conociendo el prurito que tienen casi todos los del oficio de no encontrar bien lo que hacen los demás, están comenzando a dudar del axioma de que «el cliente tiene siempre razón» y prestan su apoyo al traductor, cuando lo merece, escudándolo contra las críticas arbitrarias de gentes que no saben lo que dicen.

Grave como es el problema de las posibles censuras injustas de los críticos ignaros, la más grande dificultad con que tropieza el traductor concienzudo es el de la mala calidad que por regla general priva en los originales destinados. En primer lugar, raras veces esos escritos han sido preparados por personas bien versadas en el correcto manejo de la lengua inglesa, a tal punto que muchas veces conviene, antes de proceder a realizar una traducción, traducir primero el inglés «al inglés», a fin de darle coherencia al original, suprimiendo ambigüedades, repeticiones innecesarias que antes oscurecen que aclaran el sentido, errores de concordancia, contradicciones, anacolutos imperdonables y a veces hasta la construcción misma de las frases.

Aún suponiendo que el escrito que se va a traducir está medianamente bien escrito, conocida es la predilección que tienen algunos de los que preparan el texto final en inglés por emplear lo que se les antoja ser expresiones felices e ingeniosas, a veces hasta *slang* de dudoso buen gusto, tomadas tales expresiones del campo de los deportes y de otros ramos especializados, que no son comprensibles siquiera para los lectores de habla inglesa que no aran en el campo de tales especializaciones. Con frecuencia emplean términos inventados

ad hoc, que no definen y que desde luego no figuran en los mejores diccionarios y obras de consulta; a veces hacen referencia a incidentes puramente locales que han leído en los últimos periódicos. Y ¿qué decir de ciertas abreviaturas no consagradas cuya clave posee solamente el que escribió el texto?

Una de las dificultades que más dan que hacer a los traductores es la gran ambigüedad del inglés corriente, mejor dicho, de los que no han aprendido, aunque sea su lengua materna, a dominarlo medianamente bien; y lo peor es que son pocos, entre los que redactan en inglés los que siquiera se dan cuenta de esas ambigüedades y equívocos. Cuando el traductor se atreve a señalar esas ambigüedades el jefe le contesta casi invariablemente: «Ponga sencillamente lo que dice el inglés en español y se acabó». Como si fuera posible que el lector que va a leer la traducción entendiera lo que no ha podido entender el traductor.

La idea corriente entre los escritores a que nos referimos es la de que el inglés es la más forma perfecta de expresión humana que existe. El mismo filósofo Spencer⁴ había dicho otro tanto, pero hay que recordar que Spencer no dominaba otros idiomas. Los demás idiomas, para ellos, sobre todo los idiomas latinos, y entre éstos, el español, son lenguas anticuadas, inadaptables al progreso de la tecnología y ciencia modernas. ¡Y qué mal están en la cuenta! Hacen mofa de que las lenguas latinas le atribuyen género a cosas inanimadas que carecen de sexo, como si ello no fuera más que una costumbre inveterada de las lenguas descendientes de los idiomas clásicos; critican también el plural de los adjetivos, por cuanto en inglés éstos no tienen plural, y la tendencia de muchos de los que escriben en inglés es la de suprimir hasta el plural de los sustantivos. En época de Dickens, no muy lejana, la palabra que corresponde a gruesa, —12 docenas— (*gross*) tenía todavía plural, y se decía *2 grosses*; ahora se dice *2 gross*. *Denier*, que es una unidad de peso, derivada etimológicamente del *denario* romano y adoptada por conducto del francés, que se aplica modernamente a la

4. Herbert Spencer (1820-1903), filósofo inglés, autor de *Filosofía sintética* (N. de la E.).

hilaza de seda y sobre todo, de nylon, es un sustantivo; pero *denier* nunca se emplea en inglés en plural, y el tejido de medias de señora que tiene, por ejemplo, 70 de esas unidades se dice que tiene «seventy denier». Y no faltan traductores timoratos que sigan el patrón del inglés y se nieguen a emplear el plural en español, que sería «denieres». Estas antiguallas del español sirven para expresar los pensamientos con más claridad, imponiendo al lector menos esfuerzo para comprender el sentido de primera intención. Cuentan de una casa de Hamburgo que, como se acostumbra, tenía como agentes en Sur América a almacenes que conocían los dos idiomas y con los que correspondía en alemán. Pero cuando se trataba de cablegrafiar respecto de un asunto delicado dirigían el mensaje en español, por cuanto, según decía el jefe, en español, cuando se cablegrafía, puede decirse lo que se quiere con más claridad y en menos palabras.

Sólo hemos querido señalar de paso algunas de las dificultades que amargan la vida del traductor comercial, para no alargar demasiado este artículo, y deseamos terminar repitiendo lo que al principio enunciamos: que la traducción no sería una labor tan ardua si los textos destinados a traducirse estuvieran mejor escritos en inglés y fueran revisados detenidamente, a fin de suprimir los escollos que se presentan al traductor consciente de su responsabilidad.

Nueva York